

# Un domingo en la vida de Saúl Taborda

Fernando Diego Rodríguez\*

El domingo 9 de junio de 1918 no fue un día calmo en la vida de Saúl Taborda. Sendas noticias aparecidas en **La Voz del Interior** del martes siguiente nos lo muestran dando, por la tarde, una conferencia en el Centro Georgista y, por la noche, un discurso en el festival de caridad organizado por la Conferencia del Sagrado Corazón de Jesús, en el Teatro Rivera Indarte

Sin duda hay algo aquí que llama a nuestra atención. ¿Es allí donde imaginábamos encontrar a Taborda, sólo seis días antes de la Asamblea Universitaria que culminará en la escandalosa elección del rector Nores? Porque si una conferencia acerca del georgismo, coronada con vagas recomendaciones acerca de la necesidad de socializar la tierra, podía tener algún punto de contacto con los postulados reformistas, mucho más difícil es entender, a primera vista, su participación en el evento organizado por las pías damas de caridad cordobesas.

Animado por esta pregunta, van aquí algunas impresiones acerca de esta última participación, ya en la noche de aquel domingo. Me detendré en este evento de caridad porque la breve y encendida alocución de Taborda que le da contenido estuvo cargada de significados que nos transportan al clima de ideas del que participaban muchos de los iniciadores del movimiento reformista de 1918.

Pero, antes de mirar hacia el “interior” del discurso de Taborda, creemos conveniente decir algo acerca del ambiente que lo rodeó. La primera impresión, y haciéndonos cargo del evidente anacronismo, es que la reunión convocada en el Rivera Indarte —calco sin duda de muchas otras llevadas adelante por organizaciones similares— se desarrolló como una *variété* modernista. Extremando: un circo de fin de siglo, una *performance* simbolista con sucesivas salidas a escena de bandas sinfónicas, declamadoras, arpistas y, como broche de oro, nuestro personaje, el conferenciante.

Todo el festival que rodea la oratoria de Taborda va en aquel sentido, a medio camino entre decadentismo y modernismo, desde el **Phaeton** de Saint Saens, un aficionado a las Ciencias Ocultas y eslabón en el camino de la modernización musical, hasta la declamación de **Medieval**, de Ramón Goy de Silva. Las piezas elegidas son propicias para la creación de atmósferas enrarecidas, morbosas y decadentes; todas buscan a través del símbolo

y la alegoría transmitir, ante todo, “estados de ánimo”. Nada de esto era extraño a la sensibilidad de Taborda ni, por supuesto, a la de buena parte de los jóvenes reformistas de entonces.

Para situar la emergencia de estos fragmentos de ideas y sensibilidades cruzadas, debemos retrotraernos unos años y trasladarnos a la otra ciudad universitaria por antonomasia: La Plata. Es allí donde, a partir de 1908, Taborda cursa sus estudios de Derecho, y es allí donde retornará, en 1921 como rector del Colegio Nacional. Y si su paso por esta ciudad fue breve, sin duda las influencias recibidas allí lo marcaron. La Plata era por entonces la contracara de la Córdoba “monárquica y monástica”, para decirlo en las palabras con que Julio Irazusta la recordara en sus memorias, era “la máquina de desenfrailar”. Ideas que surcaban del idealismo wilsoniano al socialismo y del decadentismo al positivismo más duro, fueron su marca distintiva en las dos primeras décadas del siglo XX. Toda una estética y una retórica de la Reforma Universitaria fueron fundidas en este molde. La poética modernista aportó a su vez lo suyo, y como modelos de aquellas oratorias quedaron, además del propio **Manifiesto Liminar**, el discurso que uno de sus jóvenes malogrados, Héctor Ripa Alberdi, recitó (éste es el término apropiado) ante el pleno del Congreso Internacional de Estudiantes en México, en 1921.

Esta pieza de Taborda merece participar en aquella secuencia de retóricas reformistas. El discurso, más que discurso arenga, que desarrolla ante las damas pías, ya suficientemente preparadas, como adelantamos, por las declamaciones y los poemas sinfónicos, está calcado sobre aquel molde “fin de siglo” donde lo simbólico, lo hermético y lo alegórico se ponen al servicio de una estética del sacrificio. Porque es sacrificio, en definitiva, lo que se pedirá a estas mujeres, claro que idealmente y por el breve tiempo que dure la velada.

Esta invocación de lo “trágico” era también una forma que recurrentemente utilizaban estos jóvenes del costado más idealista de la Reforma. Brandán Caraffa, otro notorio participante de este espacio y cordobés también, lo resumirá así, un año más tarde, respondiendo a una encuesta de la revista **Nosotros**: “... vivimos un estado de ánimo trágico, que nos hizo posible asimilarnos a la inquietud enorme del mundo de post-guerra”.

\* UBA.

Taborda elige el tono de arenga y repite, una y otra vez, “De pié los corazones, que pasan las vírgenes de Sión”. La mención de la famosa parábola de Jesús pone a su auditorio en tensión: deben ser, a la vez que virtuosas, pacientes por lo que está por venir. “De pie los corazones”, repetirá Taborda, una y otra vez, ubicando allí la musicalidad de su arenga, dulce y grave a la vez. Podemos pensar que en su versión latina (inevitable) este *sursum corda* alude, entre burlón y desafiante, a sus antagonistas de la Corda Frates, a los que se presta a dar batalla de allí a pocos días.

Pero ¿qué es lo que está por venir, qué es lo que anuncia esa marcha silenciosa de las vírgenes? Taborda no lo dice en forma directa, pero tras estas palabras su discurso encadena una procesión de santos y laicos santificados de la que participan la duquesa de Alençon y Madame Curie, Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús, San Francisco Solano y Tolstoi y, por último, la que marca el camino: Madame Hervieu, a quien llama “la santa de Sedán”.

Y aquí está, por fin, el lugar adonde —según nuestra impresión— quería llegar Taborda. El lugar donde los dos discursos que tuvo que preparar para aquel domingo cordobés de 1918 se encuentran, aunque su auditorio acaso no lo percibiera. En la figura de Mme. Hervieu afinca el origen del catolicismo social francés, surgido al calor de la encíclica *Rerum Novarum*. Ella propuso reemplazar la antigua “caridad” por una política activa, donde las familias obreras tuviesen una posibilidad de autogestión para su sostén económico. A partir de estas ideas propone —y lleva adelante— la fundación de “jardines obreros”, una variante cristiana de los falansterios sansimonianos. ¿Habrán advertido este giro del discurso sus devotas oyentes? Imposible saberlo. ¿Habrán percibido por un instante el acento decadente de este (ya no tan) joven humanista? Agregamos nosotros que en el discurso decadente, las hagiografías, las ciencias ocultas y la magia disputan el espacio vacante del Dios Cristiano con la Ciencia Positiva que venía a suplantarlo.

El discurso de Taborda y buena parte del pensamiento epocal de la Reforma vacila entre estos términos. Como lo postuló Joris-Karl Huysmans en **À rebours**, la biblia del decadentismo, esta sensibilidad del fin de siglo propone la ligazón mítica entre el ocaso de la cultura y la aparición de formas inéditas.

Un exceso de circunloquio, sin duda y, en esto los reformistas (ya citamos a Deodoro, a Ripa Alberdi y a Brandán, y hay muchos más) fueron maestros. Esa retórica se perdió, como se agotó irremediabilmente y en corto tiempo esa “nueva sensibilidad” tan característica del primer momento reformista, el momento que podríamos llamar “argentino”, antes que América Latina impusiera (se adueñara) por prepotencia de acción los contenidos políticos y las formas estéticas más modernas y avanzadas del movimiento, al atravesar el movimiento nacido en Córdoba la doble puerta abierta en México y Perú.

Es así que concluimos aquí con las impresiones que nos han suscitado estas dos apariciones de Saúl Taborda. Ambas se sobreimprimen a las imágenes más conocidas de aquella Córdoba de junio de 1918 y, antes que disturbar la mirada, completan el fresco donde están representadas las vísperas del gran acontecimiento, y al hacerlo nos desafían a seguir preguntando.